

ÍNDICE

INTRODUCCION	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE LA PROFESIÓN DE LA FE

PRIMERA SECCIÓN: “CREO” – “CREEMOS”	11
<i>Capítulo Primero: El hombre és “capaz” de Dios</i>	13
<i>Capítulo Segundo: Dios viene al encuentro del hombre</i>	15
<i>Capítulo Tercero: La respuesta del hombre a Dios “Creo” ...</i>	21
SEGUNDA SECCIÓN: LA PROFESIÓN DE FE CRISTIANA ...	25
<i>Capítulo primero: Creo en Dios Padre</i>	27
<i>Capítulo segundo: Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios ...</i>	43
<i>Capítulo tercero: “Creo en el Espíritu Santo”</i>	57

SEGUNDA PARTE LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO

PRIMERA SECCIÓN: LA ECONOMÍA SACRAMENTAL	85
<i>Capítulo primero: El misterio pascual en el tiempo de la Iglesia</i>	87
<i>Capítulo segundo: La celebración sacramental del Misterio Pascual</i>	91

SEGUNDA SECCIÓN: LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA.....	105
<i>Capítulo primero: Los sacramentos de la iniciación cristiana.....</i>	107
<i>Capítulo Segundo: Los sacramentos de curación</i>	119
<i>Capítulo Tercero: Los sacramentos al servicio de la comunión y la misión.....</i>	133
<i>Capítulo Cuarto: Otras celebraciones litúrgicas.....</i>	151

TERCERA PARTE LA VIDA EN CRISTO

PRIMERA SECCIÓN: LA VOCACIÓN DEL HOMBRE. LA VIDA EN EL ESPÍRITU.....	153
<i>Capítulo Primero: La dignidad de la persona humana</i>	157
<i>Capítulo Segundo: La comunidad humana</i>	191
<i>Capítulo Tercero: La salvación de Dios: La ley y la gracia..</i>	197

SEGUNDA SECCIÓN: LOS DIEZ MANDAMIENTOS.....	203
<i>Capítulo primero: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”</i>	207
<i>Capítulo Segundo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”</i>	213

CUARTA PARTE LA ORACIÓN CRISTIANA

<i>¡Podemos hablar con Dios!</i>	229
--	-----

INTRODUCCIÓN

El año 1992, el papa Juan Pablo II entregó a la Iglesia el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Respondía a la petición del Sínodo de los obispos de 1985, que deseaba disponer de un texto de referencia donde se expresara la fe católica en lenguaje actual y de acuerdo con las raíces doctrinales del concilio Vaticano II. Para su redacción se habían tenido en cuenta las observaciones y sugerencias de todos los obispos del mundo.

Once años más tarde el Santo Padre pidió al entonces cardenal Ratzinger que constituyera una comisión especial para la redacción de una síntesis del *Catecismo*. Ese nuevo volumen debía recoger también todos los elementos fundamentales de la fe y de la moral católica, pero formulados de manera más sintética y sencilla. El texto definitivo se terminó poco antes de la muerte de Juan Pablo II, y el nuevo papa Benedicto XVI lo promulgó en junio de 2005.

Recomiendo a todo el mundo su lectura:

A quienes están dudosos o todavía lejos de la fe, porque les ayudará a plantearse con serenidad las cuestiones fundamentales de la vida humana.

A quienes se saben cerca de Dios, para que su fe sea una fe instruida y no quede en un mero sentimiento religioso que tal como llega fácilmente se va.

A los padres de familia, para que sepan educar a los hijos en la fe: no hay nada de más valioso que les puedan dar.

A los jóvenes, para que dispongan de las herramientas intelectuales necesarias para superar, con la gracia de Dios, las dificultades contra la fe con que se encontrarán.

A los sacerdotes, para que les proporcione una ayuda, profunda y sencilla a la vez, para la predicación y el acompañamiento espiritual.

A los profesores de teología, porque les permitirá reconsiderar una y otra vez los puntos de partida de su estudio, para adentrarse luego con más seguridad en las profundidades de la ciencia de Dios.

La recomiendo, de manera muy particular, a los catequistas, para que, con la ayuda de Dios, transmitan con solidez los fundamentos de la fe y de la vida cristiana a los niños y jóvenes que reciben la primera formación. ¡Cuán importante es vuestra función para la vida de la Iglesia! Tenéis, por eso, todo mi afecto, y también porque he dedicado la mayor parte de mi vida al estudio de las ciencias catequísticas. Pido a Dios que llene de eficacia vuestra labor.

«No se puede leer este libro como una novela», dijo Benedicto XVI al presentarlo, «es necesario meditarlo sin prisas, dejando que su contenido penetre en el alma». Con el deseo de seguir este consejo del Santo Padre, me he propuesto realizar una serie de comentarios referentes al *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*. Mi intención no es hacer un estudio sistemático, sino solamente ofrecer unas consideraciones de pastor, hechas al calor de la plegaria. ¡Ojalá –así lo pido al Espíritu Santo– que nos puedan ser útiles a vosotros y a mí!

PRIMERA PARTE
LA PROFESIÓN DE LA FE

PRIMERA SECCIÓN
«CREO» – «CREEMOS»

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE ES «CAPAZ» DE DIOS

De todas las criaturas visibles sólo el hombre es capaz de conocer y amar al Creador.

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, ya que el hombre ha sido creado por Dios y para Dios. Una manifestación de esto la encontramos en el hecho de que en todas las civilizaciones, hasta en las culturas más primitivas, ha habido religión o, cuando menos, indicios del anhelo de eternidad o de la convicción de que el bien que hacemos no puede quedar sin reconocer, y el mal sin reprobar.

Es cierto que, también en todas las culturas, ha habido personas que rechazaban a Dios o que prescindían de él. Pero ni cuando se ha procurado hacer desaparecer el sentimiento religioso del pensamiento y de la vida de los hombres –hasta con métodos violentos y persecuciones masivas– se ha conseguido erradicar. El hombre busca el sentido de su existencia, y no se da por satisfecho con una explicación superficial. No tiene suficiente con el discurso simplista y sin ciencia de quien sostiene que el mundo material lo es todo y que la muerte es el final de la existencia humana.

Tenemos sed cuando necesitamos agua y sentimos frío cuando nuestro organismo está perdiendo calor. Si, en la naturaleza humana, toda potencialidad responde a una rea-

lidad, no sería razonable pensar que el deseo más fuerte y profundo de nuestro ser fuera inalcanzable. Este deseo innato de eternidad, de verdad y de felicidad que todos tenemos nos inclinaría al absurdo.

Vislumbramos a Dios detrás del misterio, y no puede ser de otra manera. Si hablamos de los misterios del cosmos o del misterio de la vida, ¿cómo no debe ser infinitamente más misterioso aquel que lo ha creado, aquel que es Vida e infunde la vida? El pensador francés Jean Guitton razonaba así ante esta alternativa: «Entre el absurdo y el misterio, me quedo con el misterio.»

Hay unas palabras de san Agustín que reflejan esta íntima añoranza de Dios que experimenta todo el mundo, aunque a menudo sin darse cuenta: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti.» Agustín había vivido mucho tiempo alejado de Dios. Había buscado inútilmente la felicidad en las satisfacciones del intelecto y en los placeres mundanos. Muchos años después, recordando el tiempo de su búsqueda ansiosa, escribía en oración a Dios: «¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti.»